

Un largo sábado

Gabriel Jaime Murillo Arango¹
Universidad de Antioquia

Primer movimiento

Meses atrás tuve la oportunidad de encontrarme con el último libro salido a la luz pública de George Steiner, *Un largo sábado. Conversaciones con Laure Adler* (2016), uno más para sumar al *corpus* de una obra nimbada por “la poesía del pensamiento” y lo suficientemente dúctil para convertirse en palabra viva, en conversación que hace visible la inteligencia en acción. Una obra, por cierto, entretejida a cada paso con los pasajes de una biografía errante, anclada en la tradición judía de evitar echar raíces en ninguna parte, como los árboles, la errancia propia de un ser humano dotado de piernas y que se sabe extranjero en tanto huésped e invitado de la vida (*xénos* en griego antiguo), por más que desde hace buen tiempo se conjuga con más facilidad la xenofobia que la xenofilia. Errante y *Errata* –este es el título de su autobiografía, y subtitulada “el examen de una vida”-, porque no es posible echar un vistazo atrás sin tomar nota de los errores o defectos, de las ilusiones perdidas a lo largo de una vida no exenta de fracasos acumulados, de lo que pudo haber sido y no fue.

Los lectores habituales de Steiner han reconocido con largueza las virtudes del conversador excelso que está detrás del historiador erudito de la cultura, en defensa del pluralismo del pensamiento después de Babel, y su incomparable destreza hermenéutica en la lectura permanente de los clásicos. Los clásicos, “esa forma significativa que nos lee, más de lo que nosotros la leemos” (2009, p. 32), cuyos textos llegan a nosotros a través del tiempo, sin perder nada de su frescura original, y no dejan de

1. Grupo Formaph, Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Correo: gabriel.murillo@udea.edu.co

ser leídos, repetidos y reinterpretados incluso a la luz de problemas inéditos o antiguos todavía pletóricos de enigmas e incertidumbres. Aquellos lectores igual han recibido el don de una mirada compleja, controversial y transhistórica sobre el ser maestro, bien sea llevados de la mano en la exposición magistral de las ideas de Sócrates, Jesús, Agustín o Rousseau, o bien a través de la puesta en escena de conversaciones llevadas al papel impreso, como la bellísima conversación sostenida con la joven maestra de liceo en *la cité* de la periferia parisina, Cécile Ladjali, titulado *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno* (2006). En una u otra forma, resalta una idea común que atraviesa la relación maestro-alumno, según la cual dicho par significativo es inherente a todo proceso de formación y de transmisión, es decir, está inevitablemente mediado por impulsos hacia la fidelidad amorosa, la confianza, la seducción y la traición, en el desarrollo de un juego de tensiones de naturaleza ubicua y cambiante.

Como no podía ser de otra manera, la conversación no sigue una trayectoria lineal sino que avanza por meandros a veces inesperados, al hilo de una cita evocada con facilidad de su memoria infinita, o un recuerdo de amigos o colegas en un sinnúmero de lugares por donde ha transitado su enseñanza. Al fin y al cabo, se sabe dueño de una singular vocación extraterritorial que lo hace estar siempre preparado a hacer las maletas: “Uno puede sentirse en casa en todas partes. Dadme una mesa de trabajo y ya tengo una patria. No creo ni en el pasaporte –cosa ridícula– ni en la bandera. Creo profundamente en el privilegio del encuentro con lo nuevo” (2016, p. 30). Si trazáramos una línea arbitraria de por medio del texto, podría decirse que la primera parte se ocupa precisamente de una reflexión sobre una vida forjada en la cuerda de “una serenidad crispada” (como decía el poeta René Char) que responde a esta condición de ser a la vez extranjero e invitado de la vida, y la segunda parte vuelve sobre sus temas fundamentales, el texto y la lectura, los clásicos y la música, el aprender a morir.

Quizá nada nuevo sobresale de los temas por donde discurre la conversación, nada que no haya sido dicho ya en textos anteriores que nos han transmitido las posturas más controversiales del autor: el privilegio de aprender de memoria, a contramano del unánime consenso actual que aboga por su erradicación definitiva de los sistemas escolares. La defensa acérrima del poliglotismo de la torre de Babel, y su advertencia acerca de los peligros del monolingüismo encarnado en la hegemonía del inglés americano. La irrupción

de la figura de autor en el apogeo del romanticismo europeo, que salta por encima de la autoría colectiva en la tradición oral. Los disparos sarcásticos dirigidos al psicoanálisis, el deconstruccionismo o el posmodernismo. La distancia abismal que separa al creador de la crítica. Kafka, Dostoievski y Beckett –“tal vez el más grande de nuestra literatura moderna”. Las condiciones requeridas en el acto de la lectura, hoy seriamente bajo amenaza a causa del imperio del ruido: silencio, espacio privado, posesión de libros que puedan ser leídos lápiz en mano, para luchar contra el texto, haciendo anotaciones al margen. En fin, la música, que está en el principio de todas las cosas.

Sin embargo, los recuerdos de infancia y juventud en el exilio, cargados del insalvable sentimiento de culpa por los compañeros caídos durante la persecución nazi, de los que se ocupa en la primera parte, me arrastraron por una jugada traviesa del dios Cronos al dilema entre la escritura o la vida que enfrentaron tantos escritores, artistas y pensadores víctimas del horror nazi, en el transcurso de la denominada “era del testigo”. Entonces suspendí momentáneamente el raptó en el que me había sumido con la lectura de Steiner, a poco de alcanzar una respuesta al porqué del título del libro, de cuál código mitológico era deudor. Y así fue diferida hasta tanto repasara mis notas de lectura de mis autores preferidos en el género de la literatura de testimonio, justo a la altura de recordar la primera publicación modesta de *Si esto es un hombre* de Primo Levi hace 70 años, y a 80 años de la exhibición del *Guernica* de Picasso en el pabellón de la II república española de la Exposición Mundial de París en 1937.

Interludio

La llamada literatura de testimonio puede ser caracterizada, en general, en los términos con que W. G. Sebald se refiere a la narrativa de Jean Améry, esto es, una búsqueda por comprender la irreparable condición de ser víctima, excluido, perseguido y torturado: “Quien fue víctima sigue siéndolo (...) Quien ha sido torturado, sigue estando torturado”. Pero no estamos ante una narrativa autocomplaciente en la exhibición de un cuerpo martirizado, sino de una que despliega “la reflexión abstracta sobre la total transformación en carne del ser humano, la intensificación más alta imaginable de nuestra corporeidad” (2007, p. 140). Se refiere, por supuesto, al nuevo dispositivo de la biopolítica del poder instalado por el nazismo para quedarse en el interior de las sociedades modernas aun después

de 1945, en el cual el estado de excepción erigido en norma borra los límites entre la nuda vida y la vida política. Ese dispositivo que es el campo de concentración marca a fuego el arte, la música, la literatura, el teatro, así como la historia y la filosofía política del siglo veinte hasta nuestros días, dando origen a la denominación metonímica de la experiencia de las víctimas de la segunda guerra mundial que oscila entre lo decible y lo indecible, tal como se refleja con variados matices en las obras de Primo Levi y Jorge Semprún.

Primo Levi aborda la experiencia de los campos nazis en primera persona y en voz alta para dar testimonio del horror de ayer que no deja de acechar en el presente, y advierte que si ya ha sucedido una vez, nada impide que pueda volver a suceder. *Si esto es un hombre* revela el dilema ético enfrentado por el autor mientras permaneció en el laboratorio del campo dedicado a labores propias de su formación profesional en química, por lo menos al abrigo del crudo invierno que asola el exterior donde caían extenuados los prisioneros condenados al trabajo forzado. Era, de hecho, un ejercicio espiritual con el que procuraba conjurar “el dolor del recuerdo, la vieja y feroz desazón de sentirme hombre, que me asalta como un perro en el instante en que la conciencia emerge de la oscuridad. Entonces cojo el lápiz y el cuaderno y escribo aquello que no sabría decirle a nadie” (2012, p. 177). Y escribe que los sobrevivientes como él, narradores de la experiencia de los *Lager*; no logran llegar hasta el fondo, solo los testigos que en verdad son ausentes, los que no han vuelto, o aquellos que sucumbieron en el infierno presas del sufrimiento y la incomprensión.

A diferencia de Primo Levi, Jorge Semprún intenta resolver la dicotomía radical subyacente en el lance trágico “la escritura o la vida”, liberado de las categorías culpabilidad y remordimiento que lastran la vida de los sobrevivientes, y recurre al uso de un único término como el alemán *erlebnis* o el español *vivencia*, expresado en una voz activa y en presente (en ambos designa la vida como experiencia de sí misma, vida que se vive a sí misma). En su obra epónima, *La escritura o la vida*, afirma: “Jamás he comprendido a santo de qué habría que sentirse culpable de haber sobrevivido. Por lo demás, tampoco he sobrevivido realmente” (1995, p. 155), a partir del cual asume como un derecho natural dejar oír la voz de los aparecidos en el lugar de los desaparecidos, la de los salvados en el lugar de los hundidos: “Sin duda a veces hay que hablar en nombre de los naufragos. Hablar en su nombre, en su silencio, para devolverles la palabra” (p. 154).

Cuando Agamben (2010, p. 127) se hace la pregunta ¿Quién es el sujeto del testimonio?, responde que “no hay, en sentido propio, un sujeto del testimonio”, los supervivientes son sujetos que prestan su voz a los que no tienen voz y en su nombre rinden testimonio del no-hombre. Por esto se puede caracterizar la literatura de testimonio como “un proceso o un campo de fuerzas recorrido sin cesar por corrientes de subjetivación y de desubjetivación”, como también le es propio un estado de discordancia entre los hechos y la verdad de la vida cotidiana que trae consigo efectos de distorsión de la perspectiva, acaso como resultado de la permanente amenaza proferida por los guardias nazis sobre la imposibilidad de que hubiese sobrevivientes del campo que pudieran contar la experiencia vivida, y aun si ello ocurriese, nadie habría de creerlo. Efectos de distorsión que, a la vez, se reflejan en la iconografía difundida desde el momento mismo de su revelación al mundo en la primavera de 1945. Desde entonces se han desarrollado programas educativos de memoria histórica que incluyen rituales de visita a los campos, dando paso a sofisticadas formas de “turismo del horror”, con consecuencias en la imposición de una imagen homogénea y plana que oblitera las diferencias existentes entre los campos, los grupos de víctimas, los grados de jerarquía de la población convicta y, lo que es más importante aún, un horizonte de sentido histórico. Por esta vía desaparecen las peculiaridades propias de un campo de exterminio, como Treblinka o Auschwitz-Birkenau, distintas a las del campo de trabajo forzado de Buchenwald, y más todavía, a las del campo-gueto de Theresienstadt o Terezin, producto del genio de Adolf Eichmann, que quiso rodearse del espectáculo de élite de la cultura alemana, permitiendo el funcionamiento al interior de las alambradas de varias orquestas, una ópera, teatro, cabarets, biblioteca (Wiewiorka, 2016, p. 164).

Finale

Vuelvo a Steiner, acucioso por proseguir la lectura allí donde fue abandonada antes de hallar una clave del título, del porqué *un largo sábado* para hacer referencia a una serie de entrevistas hilvanadas a lo largo de doce años. Ya el enunciado se encuentra en una obra anterior, *Presencias reales*, y es tomado del Nuevo Testamento que recrea la pasión y la muerte de Cristo en el transcurso de tres días. Con la tortura y muerte en crucifixión el día viernes se cierra la noche y el duelo, al que sucede la quietud e incertidumbre del sábado, y después la apoteosis de la resurrección del domingo. Algunos no saldrán del sábado, mientras

en domingo se reúnen en templos y plazas los creyentes en el mesías que habrá de llegar en un futuro ilimitado, sea revestido en la forma de utopía marxista o en la del progreso indefinido de la humanidad o de la paz ecuménica o cosmopolita. Dicha mitología adopta una figura bifronte, por una cara la desesperación, y por la otra, el principio esperanza que respalda la dinámica de la continuidad de la vida. A juzgar por la frase en el remate del libro, Steiner no parece muy convencido de abrigar aún muchas esperanzas, ahora que se aproxima a los noventa años, aun cuando mantiene la fe: “Pero hay que seguir; somos los invitados de la vida para seguir luchando, para intentar que las cosas mejoren un poco. Hacerlo mejor. ¿Habrá un domingo para el hombre? No lo veo nada claro” (p. 126).

Pero otra cosa parece si se juzgara por el episodio en donde derrama su estro poético al describir su plácida contemplación de abuelo con sus nietas Rebecca de seis años y Myriam de tres, adoptadas en un orfanato de la India: “Myriam, en particular, es como un diamante negro, negro de medianoche, con ojos de luna. Nosotros no tenemos ojos así, en Occidente. Y me encantan, claro. Me vuelven loco” (p. 28).

Referencias bibliográficas

- LEVI, PRIMO. (2012). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano
- SEBALD, W. G. (2007). *Campo Santo*. Barcelona: Anagrama
- SEMPRÚN, JORGE. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets
- STEINER, GEORGE. (2016). *Un largo sábado. Conversaciones con Laure Adler*. Madrid: Siruela
- STEINER, GEORGE. (2009). *Errata. El examen de una vida*. Madrid: Siruela
- STEINER, GEORGE Y LADJALI, CÉCILE. (2006). *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno*. Madrid: Siruela
- WIEWIORKA, ANNETTE. (2016). *1945. Cómo el mundo descubrió el horror*. Bogotá: Penguin Random House



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Artículo recibido: 3 de septiembre de 2016. Aprobado: 15 de noviembre de 2016.